

Cristina Crichton

Académica de la Facultad de
Artes Liberales UAI



¿Para qué? La pregunta que la IA no responde

La técnica ha sido uno de los grandes motores de la historia humana. Y hoy, cuando la inteligencia artificial promete acelerar casi todo, una pregunta antigua cobra especial relevancia: ¿qué es la técnica?

Para Ortega y Gasset, por ejemplo, la técnica es la forma propiamente humana de habitar el mundo. Por eso su función profunda es ahorrar esfuerzo, liberar tiempo y energía, y dejarnos disponibles para lo propiamente humano: elegir, sostener y realizar un programa vital. La técnica exige, por tanto, preguntarnos qué ideal de vida la orienta, pues depende de una idea previa de lo que queremos ser, y no al revés. Aquí se insinúa uno de los riesgos que Ortega advierte: al facilitarnos la existencia, podemos olvidar que la técnica no es un fin, sino un medio; y, al dejar de preguntarnos ¿para qué?, perdemos de vista qué vida queremos vivir, lo que a menudo conduce a adoptar “fines prestados”. En las redes sociales esta deriva se intensifica, pues la oferta de ideales listos para consumir es inmediata y constante. La posibilidad de sostener un programa vital propio queda aún más amenazada.

¿Cómo nos preparamos? Esta tarea requiere distinguir dos modos de pensar. Por un lado, el pensar calculador: el que planifica, optimiza, mide, compara, corre de una novedad a la siguiente. Por otro, el pensar reflexivo: el que se detiene y pregunta por el sentido. Heidegger piensa que ambos son necesarios para el ser humano. El problema es que el primero suele imponerse. Frente a esto, nos propone una actitud sencilla pero exigente: decir “sí” al uso inevitable de los objetos técnicos y, al mismo tiempo, decirles “no” en la medida en que rehúsamos que dobleguen y devasten nuestra esencia — el pensar — hasta llevarnos a una relación de servidumbre con ellos. El que la IA “piense por nosotros” puede ser muy útil en muchos ámbitos, pero el riesgo también es evidente: tercerizar el trabajo lento que forma criterio, esa reflexión que cuesta y que, justamente por costar, nos transforma. El desafío no es demonizar ni idolatrar la tecnología, sino sustentar espacios donde el aprendizaje siga siendo una experiencia humana.

Ahí vuelve la pregunta decisiva: ¿para qué? En la era de la IA, si esa pregunta se pierde, la vida empieza, silenciosamente, a servir a la técnica.